



CAPITULO QUINTO

De un ardiente amor vencido,
Dice: — De cuatro elementos,
El fuego tengo en mi pecho,
El aire está en mis suspiros,
Toda el agua está en mis ojos,
Autores de mi castigo.

Romance del rey Rodrigo.

Hacia otra parte del alcázar de Madrid, y en un aposento que á su llegada se había secretamente aderezado por las gentes de Villena, descansaba, reclinado en un modesto lecho, un caballero á quien no permitía cerrar los ojos al sueño un amargo pesar, de que eran claros indicios los hondos y frecuentes suspiros que del pecho lanzaba.

Algo apartado de él, aderezaba una ballesta con aquel silencio de deferencia propio de un inferior, y á la luz de una mortecina lámpara que sobre una mesa ardía, aquel mismo Her-

nando que tan intempestivamente había distraído de la caza al conde de Cangas y Tineo, según en el primer capítulo de nuestra verídica historia dejamos referido.

A los pies de entrambos dormía un soberbio can, de la familia de los alanos; y su inquietud y sus sordos é interrumpidos ronquidos, único rumor que en medio del profundo silencio variaba la monotonía de los suspiros de su amo, daban lugar á sospechar que soñaba acaso hallarse en persecución de algún azorado jabalí en medio del monte enmarañado.

—Hernando,—dijo por fin el angustiado caballero,—mañana habremos de madrugar para partir con el alba; recógete y descansa.

—¿Y tú, señor? ¿no tañerás de acogida?—respondió Hernando.

Debemos advertir para la más fácil inteligencia de nuestros diálogos sucesivos, que Hernando, hijo de un montero de Don Juan I, y montero él mismo, sólo vivía en la caza y en el monte, y así pensaba él en hablar otro lenguaje que el de la montería, como por los cerros de Ubeda. No conocía más amistad que la que con los venados del monte hacía tantos años tenía establecida, ni más amor que el de su fiel Brabonel, tal era el nombre del poderoso alano que á sus pies roncaba, al cual distinguía de todos los demás perros que á la sazón en la corte de Don Enrique tenían nota de valientes, no sólo por su constancia en seguir y acosar días y noches enteras á la res, sino también por el conocimiento extremado con que buscaba la osera y escatimaba el rastro y levantaba al oso donde quiera que estuviese escondido. Pagábale, en verdad, el leal Brabonel con usura su marcada afición, y conociase esto más que en nada en no querer recibir el alimento sino de la propia mano del laborioso montero. Sólo se le conocía á Hernando un flaco, que contrapesaba casi siempre con ventaja el cariño que á su perro tenía, á saber, la fidelidad á su amo, único hombre á quien manifestaba respeto y deferencia, y para quien moderaba y suavizaba la condición agreste que en los bosques se había formado con no poco perjuicio de sus adelantos é intereses, pues solía responder á un cumplimiento con palabras tan duras y ofensivas como la ballesta que en la diestra llevaba las más horas del día, en muestra de su pasión montaraz. Con esta pequeña digresión, que en vista de su importancia nos perdonarán fácilmente nuestros lectores, estarán más éstos dispuestos á interpretar la técnica jerigonza con que entreveraba los más de sus discursos y conversaciones.

La pregunta que acababa Hernando de dar por respuesta al taciturno caballero, no tardó en obtener una contestación aclaratoria de la situación del espíritu de aquel á quien se dirigía.

—Nunca, Hernando, nunca,—repuso el atribulado señor,—nunca encontrará el reposo entrada en mis párpados desvelados. Mañana al lucir el día partiremos de nuevo para Calatrava, si esta noche, como lo espero, queda concluida la comisión que á Madrid nos ha traído. ¡Si tú

supieras cuánto me pesa la atmósfera en la intermediación del...

Al llegar aquí detuvo la lengua el caballero como si hubiera temido haber dicho ya demasiado con respecto al secreto que tanto en su corazón pesaba.

—¿Y hemos de seguir atados á la trailla del conde? Por el soto de Manzanares te aseguro que no comprendo cómo un caballero que ha seguido siempre el sonido de la bocina del buen rey Enrique, puede vivir contento andando al monte del nigromante de...

—Silencio, Hernando; haces mal en ofender al conde de Cangas con esas voces que el vulgo ha adoptado, tal vez con sobrada ligereza. Verdad es que soy doncel de su alteza; empero aceptando el encargo del conde, aprovechaba el único medio que á la sazón tenía para desembarazarme de la confusión de la corte, que aborrezco.

—Sólo desde que levantaste la caza... porque antes la amabas como yo amo el monte.

—Como quieras: no por eso dejará de ser verdad que en el día la aborrezco. La muerte es la que me espera en la corte: una estrella fija que la acompaña siempre y que luce en medio de ella como Venus entre los demás planetas, deslumbra mis débiles ojos... La afición que desgraciadamente me ha tomado el rey no hubiera permitido que yo me separase con ningún pretexto de esa corte, donde he de encontrar mi perdición, á no haberle alegado su mismo tío el de Villena, á quien nada puede negar, la falta que de mí tenía. Supe que el conde necesitaba un emisario en Calatrava, fingí adaptar mi carácter al suyo, y aceptó mis servicios. Y he pretendido que esta venida se mantuviese oculta á todo el mundo, y así lo he exigido de don Enrique, porque si el rey supiera mi estancia en su propio palacio, no me sería tan fácil volver al lugar apartado, donde la distancia de la causa de mis penas me pone á cubierto de los peligros que su intermediación me prepara.

—Confieso, señor, que no entiendo tu manera de cazar. ¡Voto va! cuando yo sé que hay venado en el monte, en vez de salirme de él, cada vez me interno más en la maleza, y ó pe rezco en la demanda, ó salgo con la res.

—Bien, Hernando; pero el venado de los montes donde cazas es tuyo y de todo el que tiene perros para levantarle.

—¿Tiene, pues, dueño el venado que has visto? Te asiste entonces sobrada razón. Nunca he metido mis sabuesos en monte ajeno ni ve-

dado. A quien Dios se le dió, San Pedro se le bendiga. Pero en justa compensación, ¡ay del que hiciera resonar una bocina en monte de mi señor! Mi fiel Brabonel, que duerme ahora descansadamente, y la punta de mi venablo le enseñarían la salida y le sabrían obligar á tañer de sencilla (1).

—Hernando, calla, calla por Dios y por Brabonel.

No sabía el tosco montero, poco cortesano, cuán adentro había entrado en el corazón de su señor su última alegoría, más despedazadora que el aguzado acero de su mismo venablo.

—Callaré; pero antes he de decir que el montero que pasa por monte vedado, si el diablo le tienta para escatimar el rastro, ha de apretar los ijares al caballo é irse á monte suyo. ¡Voto va! que hay venados en el mundo y no se encierra en un monte solo toda la caza de Castilla. Yo quiero darte el ejemplo. ¿Te parece que no habrá sufrido Hernando cuando ha oído esta tarde en medio del monte las bocinas de sus amigos, y cuando en vez de aderezar la ballesta ha tenido que contentarse con sacar del bolsillo un inútil pergamino, y volverse como perro cobarde con las orejas agachadas y sin siquiera ladrar, por obedecer á su amo?

—Seguiré tu consejo, Hernando,—repuso el caballero lanzando un suspiro,—le seguiré, y con la ayuda de Dios y de mi buen caballo, estaremos al alba fuera de Madrid. Recógete, pues, Hernando, y descansa.

No había acabado aún de hablar el resuelto caballero, cuando levantándose Brabonel sobre sus cuatro patas, abrió una boca disforme, lamiose los labios, agitó la cola, y sacudiendo las orejas, acercóse á pasos lentos y mesurados á la puerta, como dando muestras de oír algún rumor que reclamaba su atención y vigilancia. No tardó mucho en romper á ladrar después de haber imitado un momento por lo bajo el sordo y lejano redoble de un tambor.

—Brabonel,—dijo Hernando acercándose y dándole una palmada en el lomo,—vamos, ¿qué inquietud es esa? No estamos en el encinar. ¡Vamos, silencio!

Lamió las manos de Hernando el animal, más tranquilo ya con el tono seguro y reposado de su amo, y de allí á poco tres golpecitos iguales y misteriosos sonaron en la puerta, que Hernando se acercó á abrir, preguntando antes quien á semejante deshora venía á turbar el re-

(1) Toque de los cazadores, cuando no encontraban venado y querían salir del monte.

poso de los caballeros que habitaban aquella parte del alcázar.

Don Enrique de Villena, respondió en tono algo bajo una voz mal segura que delataba la corta edad del que la emitía.

—Abre, Hernando; es la señal,—dijo en oyéndola el caballero, y se levantó del lecho donde yacía vestido;—abre y retírate. ¡Lléveme el diablo si no quiero reconocer esta voz, y si comprendo por qué es este el emisario de don Enrique!

Abrió Hernando la puerta, y Jaime el paje-cillo, á quien enviaba el conde de Cangas y Tineo, entró en el aposento, manifestando bien á las claras cuánto gusto tenía en poner término al miedo que se había acrecentado en él al recorrer las escaleras oscuras y largos corredores poco alumbrados del espacioso alcázar de Madrid.

Retiróse Hernando, obediente á las indicaciones de su señor, y con él el terrible alano, á cuya vista se había detenido algún tanto el azorado paje en el dintel de la puerta. No bien hubieron desaparecido los dos importunos testigos, cuando alzando la cabeza el caballero y alzándola el paje, entrambos á dos quedaron inmóviles dudando aún de la identidad de la persona que cada uno de ellos en frente de sí veía. Revolvía el primero en su cabeza mil ideas encontradas: dudaba si sería aquél el emisario de don Enrique, y reflexionaba si podría haber dado la señal convenida, sin saberla, por una casualidad posible, si bien no probable. En este último caso pesábale de que aquél más que otro supiese su repentina llegada.

El paje fué el primero que volvió del estupor en que su agradable sorpresa le había puesto, y arrojándose casi en brazos de su interlocutor: —¿Vos en Madrid? ¿sois vos, señor Macías?—exclamó.

—¡Silencio, paje indiscreto, silencio!—dijo el caballero, separándole con extraña frialdad, que cortó la manifestación de su alborozo:—hay más gente que nosotros en el castillo, y las paredes oyen, y oyen más que las mujeres.

—¡Ah! perdonad, señor... señor Ma... no os sé llamar de otra manera; como me daba tanto gozo pronunciar vuestro nombre, no creí que podría ser malo... Pero ya veo que habéis mudado de amigos, y no sois el que antes erais. Bien dice mi hermosa prima Elvira, que no hay afecto que dure, ni hombre constante... Me voy, me voy.

—Detente, paje: has hablado demasiado para no hablar más. ¿Dice eso tu prima Elvira? ¿cuándo? ¿á quién lo dice? habla,—repuso el ca-

ballero, á quien llamaremos por su nombre de aquí en adelante, supuesto que ya nos le ha revelado el imprudente paje;—habla,—repitió asiéndole fuertemente de un brazo, no pudiendo disimular la vibración de la cuerda principal de su corazón, herida fuertemente por el muchacho.

No sabía el paje si su antiguo amigo, como le había llamado, había perdido el juicio; mirábale de alto abajo y sonriéndose por fin le contestó:

—Os preciáis de invencibles los caballeros, y ved aquí que una sola palabra de un pobre paje ha alterado toda la serenidad de un doncel tan cumplido como el trovador M... no tengáis miedo, no lo volveré á pronunciar. Pero veo en el calor con que habéis oído mis palabras,—añadió maliciosamente,—que tomáis todavía algún interés por vuestras antiguas conexiones.

—¿Te complaces en atormentarme, paje? ¿De parte de quién vienes? ¿qué te trae aquí? Si es quien tengo motivos para sospechar, dílo presto; nunca enviado alguno habrá logrado una recompensa más brillante.

—Os equivocáis. Guardad la recompensa para mejor ocasión.

—¡Cielos!—exclamó Macías.—Bien que...—añadió para sí,—¿no ignora mi venida? ¿Y no es mi voluntad que la ignore?—¿Te envía el infierno para abrir mis heridas mal cicatrizadas?

—Bien podéis decir que me envía el infierno, porque vengo de parte de su mayor amigo.

—¿Estás loco?

—Del nigromante. ¿No me entendéis?

—¿Es posible que el conde no pueda destruir esa voz injuriosa que corre de él y crece de día en día?

—Buenas trazas lleva de querer destruirla, y ha alhajado su gabinete por el estilo del de el físico de su alteza, el judío Aben-Zarsal, y se andan á la magia de mancomún...

—¡Silencio otra vez! dejemos la magia y el judío y el nigromante. Respóndeme, paje. ¿Y por qué te envía á tí don Enrique de Villena? No me había dicho que serías tú su emisario.

—Os lo diré si me soltáis este brazo, que me va doliendo más de lo que es menester: no os acordáis que tengo quince años. Si el brazo fuera de mi prima, no os distrajeráis de esta manera.

—Basta; habla, pues, la verdad; con esa condición te suelto.

—Apuesto que me habéis hecho un cardenal.

—¿Quieres apurar mi paciencia, paje? Habla, ó te hago otro en el otro brazo.

—Piedad de mí, señor caballero. Pero no dudéis que me envía don Enrique. «Busca la habitación donde para el caballero que ha llegado esta mañana de Calatrava,» me dijo de su parte Ferrus, «llega á la puerta, da tres golpes, y pronuncia el nombre del señor de Villena.»

—Bien, lo sé; era la señal convenida para anunciarme que le esperase. ¿Pero eres por ventura de su familia?

—Sí soy: habéis de saber que don Enrique, estando un día con Fernán Pérez de Vadillo...

—¿Fernán Pérez?

—Sí, el marido de Elvira, á quien conocéis como á mí...

—Prosigue, paje, y no me irrites más con tus digresiones.

—Me vió en el cuarto de mi prima y hube de agradecerle: díjome que si quería servirle en clase de paje, y acepté á pesar de mi prima, que quería tenerme á su lado, porque como sólo conmigo podía hablar de... ¿queréis que lo diga?

—Acaba, paje del infierno.

—De vuestra señoría,—añadió el paje malicioso quitándose una especie de birrete que en la cabeza traía, y haciendo una profunda cortesía.

—¿De mí? ¡ah! tiembla, Jaime, si te diviertes á mis expensas.

—Os quiero demasiado para eso; como os digo, entré á servirle, pero os juro que desde mañana me vuelvo al lado de mi prima, porque he cobrado miedo á sus hechizos. Dicen que sabe alzar figura y... ¡Jesús!... yo me entiendo.

—Paje, óyeme: nadie en el mundo pudiera haberme hecho más feliz con menos palabras: tú has renovado ideas que yo debiera haber abandonado hace mucho tiempo; pero nadie puede más que su destino. Si en tu vida has sospechado alguna cosa del mal que padezco, calla como la tumba: si nada has sospechado, nada preguntes, nada inquieras. Sobre todo, vuelvas ó no al lado de Elvira, júrame no abrir tu boca para decir que me has visto en Madrid; toma,—añadió quitándose un anillo que en el dedo pequeño traía,—toma, y éste te recordará la obligación en que quedas conmigo, y que el doncel de Enrique III no olvida jamás á las personas que una vez quiso bien. Ahora parte y calla. Nada has oído, nada has visto.

—Señor doncel, ignoro el valor de estos diamantes, pero aunque fuera este anillo de hierro, bastaba para lo que yo le quiero. Decidme sólo que no quedáis enojado conmigo.

—¿Enojado, Jaime? ¿enojado? ¡dichoso, Jai-

me! Adiós; si algún día necesitas del socorro de un caballero, acuérdate del doncel de Enrique III, adiós; á esta hora no me convendría que te encontrase nadie en mi aposento: parte, Jaime, y si vuelves á don Enrique, dí que tu comisión ha quedado completamente desempeñada.

Acomodó el paje en el dedo en que mejor ajustó el anillo del doncel, y despidiéndose afectuosamente, no tardaron en oírse sus pasos por los corredores; de allí á poco sus ecos fueron gradualmente perdiendo sonido hasta desvanecerse y perderse del todo en la distancia.

La escena del diálogo inesperado que acababa de sostener el desdichado doncel, no era lo más á propósito para tranquilizar su agitado espíritu. En cuanto dejó de oír los últimos ecos de los pasos del mancebo, que había abierto casi inocentemente sus antiguas llagas y había echado leña seca en el fuego que ardía, hacía poco al parecer amortiguado, en su pecho, cerró su puerta y comenzó á pasear su pena por la pieza con pasos tan vagos como sus ideas. Largo espacio de tiempo duró en aquel estado de lucha consigo mismo, ora paseando aceleradamente, ora parándose de repente como si el movimiento de su cuerpo se opusiese al de sus pensamientos. «Dulce señora mía,—exclamaba de cuando en cuando,—duélete de tu caballero, y no quieras á rigores acabarle.» «Jamás,



decía otras veces, jamás le diré mi pensamiento; el fuego que me devora habrá entregado al viento la última pavesa de mis cenizas antes de que sepas, oh señora mía, que tus ojos le han prendido. ¿No había, cielos, otras bellezas,—añadía después,—de quien pudierais haberme hecho prendarme, que fué preciso que me entregaseis á discreción de la única tal vez de quien un juramento sagrado y una unión mil veces maldecida, para siempre me separan? ¡Yo romperé esa ara, yo la destrozaré! ¡yo hollaré con mis propios pies ese altar funesto que nos divide!» concluía al cabo de un paseo más agitado.

Pero de allí á poco volvía la reflexión á ocupar el lugar de la pasión y se le oía entre dientes: «No; el infeliz Macías te probará el exceso de su amor en el mismo exceso de su silencio: él será eternamente desdichado, pero jamás tendrá valor para perturbar tu felicidad.»

En estos y otros soliloquios á éstos semejantes le encontró el momento de la visita que esperaba. El conde de Cangas y Tineo, envuelto en un sobrecapote de fino vellorí, y con una linterna sorda en la mano para alumbrar sus pasos, se presentó llamando á su puerta. Abrióle, y después de un corto y silencioso saludo, dieron principio al importante coloquio que nos vemos precisados á dejar para otro capítulo.

CAPÍTULO SEXTO

Callede, conde, callede.
Conde, no digáis vos tale.

El conde desque esto oyera
Prestó tal respuesta hace:
—Ruégote yo, caballero,
Que me quieras escuchare.

El conde Dirlos.

Cuando don Enrique de Villena entró en el aposento de Macías, éste le arrimó un asiento, el cual ocupó sin hacerse de rogar, como hombre que se reconoce superior en jerarquía al que guarda con él una consideración. Macías se sentó en otro, colocándose de suerte que quedaba la mesa con la lámpara que en ella ardía en medio de los dos; y lo hizo con el aire de un hombre que si bien se cree en el caso de tributar atenciones á aquél con quien está en sociedad, no se imagina de ninguna manera en posición de sostener de pie, con él sentado, una larga conferencia. Colocados de esta manera, daba la luz de lleno en el rostro de entrambos, y como creemos no haber dado hasta ahora idea alguna de las fisonomías y exterior de estos dos principales personajes de nuestra narración, aprovecharemos esta coyuntura favorable para describir lo que en ellos hubiera visto ó al menos creído ver cualquier observador que los hubiera acechado, por pocos progresos que hubiese hecho en el arte Lavateriano, posteriormente reglamentado por el sabio abate, pero cuya existencia tiene tanta antigüedad como el dicho vulgar, en todos los países y épocas conocido, de que los ojos son las ventanas del corazón y la cara el traslado del alma.

Don Enrique de Villena era de corta estatura; sus ojos, hundidos y pequeños, tenían una expresión particular de superioridad y predominio que avasallaba desde la primera vez á los más de los que con él hablaban; su voz era hueca y sonora, calidades que no contribuían poco á aumentar en el vulgo la impresión mágica que en los ánimos débiles ejercía. Su nariz afilada y su boca muy pequeña le daban todo el aire de un hombre sagaz, penetrante, vivo, falso y aun temible. Sin embargo, como ha podido inferir el lector de su diálogo con Ferrus,

no estaba tan corrompido su corazón que no respetase todavía en la sociedad en que vivía una porción de consideraciones, que su criado, por el contrario, atropellaba sin el más mínimo escrúpulo de conciencia. De Ferrus dijimos que no era el malvado bastante impío para sus fines, y de don Enrique podemos, por el contrario, asegurar que no era el impío bastante malvado para los suyos. Naturalmente afeminado y dedicado al estudio, faltábanle el vigor y la energía de carácter que corona las empresas aventuradas. Difícil nos sería decir si era ó no religioso: nos contentaremos con exponer á la vista del lector varios rasgos que pueden caracterizarle cumplidamente bajo este dudoso punto de vista, y él más que nadie podrá juzgar si era la religión para él un instrumento ó una preocupación.

El interlocutor que enfrente tenía era un mancebo que en caso de duda hubiera podido atestiguar con su propia persona la larga dominación de los árabes en Castilla. Su color era moreno, sus cabellos negros como el azabache; sus ojos del mismo color, pero grandes, brillantes y guarnecidos de largas pestañas: una sola vez bastaba verlos para decidir que quien de aquella manera los manejaba era un hombre generoso, franco, valiente y en alto grado sensible. Un observador más inteligente hubiera leído también, en su lánguido amartelamiento, que el amor era la primera pasión del joven. Su frente ancha, elevada y espaciosa, y su nariz bien delineada, denunciaban su talento, su natural arrogancia y la elevación de sus pensamientos. Ornábale el rostro en derredor una rizada barba que daba cierta severidad marcial á su fisonomía: su voz era varonil, si bien armoniosa y agradable; su estatura gallarda.

—Macías,—comenzó á decir don Enrique